

José Luis Velasco Arellano, natural de México, escribió: *Desengaño en silva libre* (1711); *Estímulo cristiano, canto moral* (ídem); *Triunfo de Felipe V, poema heroico* (1713); *Llanto por la muerte del Delfín de Francia* (ídem).

Pbro. Juan Arriola, oriundo de Guanajuato, fué autor de las siguientes obras: *Poema lírico* sobre la vida de Santa Rosalía, que se conserva inédito; una glosa en catorce sonetos del atribuido á Santa Teresa, que comienza: *No me mueve, mi Dios, para quererte*; *Canción de un desengaño*, imitación de la que con igual título escribió el P. Bocanegra; y una comedia intitulada *No hay mayor mal que los celos*.

Pbro. Cayetano Cabrera y Quintero, fecundo escritor que tradujo del latín en verso castellano, trescientos epigramas y varias obras de Horacio y Juvenal, así como algunos epigramas del griego al latín: compuso además, una vida de San Francisco en verso castellano; otra de Santa Rosa en verso latino, y un poema á Santa Cristina; algunas inscripciones que se pusieron en arcos triunfales, y dos comedias intituladas: *La esperanza malograda* y *El Iris de Salamanca*. De sus obras en prosa mencionaremos el *Escudo de armas de México*, que es una historia de la epidemia llamada *Matlazahuatl*; artes de la lengua hebrea, de la griega y de la mexicana; dos tomos de disertaciones y oraciones académicas y tres de sermones.

D^a Anna Zúñiga, natural de México, obtuvo premios en los tres certámenes literarios que se celebraron con motivo de la exaltación de Luis I al trono de España; de la canonización de San Juan de la Cruz, y de la coronación de Fernando VI.

Antonio Joaquín de Rivadeneyra y Barrientos, originario de Puebla, escribió un poema intitulado *El Pasatiempo*, que comienza con la creación del mundo y llega hasta Fernando VI, y un *Diario*, que es la relación en verso del viaje que hizo de Cádiz á México la Marquesa de las Amarillas, Virreina de Nueva España. Sobre la primera obra dice el Sr. Pimentel: "Es de gran trabajo, vasta erudición, generalmente de lenguaje correcto y buena versificación, y con regulares descripciones; pero de color prosaico y de lectura pesada, especialmente por la multitud de notas. En una palabra, la obra de Rivadeneyra es de aquellas donde se suple lo bello con lo difícil."

Pbro. José Lucas Anaya, poblano, publicó en México (1769), bajo el nombre de Lic. José Jiménez Frías, un poema en octavas reales sobre la pasión de Jesucristo. Escribió, además, otro poema sobre la aparición de la Virgen de Guadalupe; una vida de Juan Diego en verso castellano; dos cantos endecasílabos á la Concepción Inmaculada de María (Puebla, 1763), y un romance endecasílabo sobre la conversión de un joven en Paris, hecha por San Ignacio de Loyola (México, 1767).

Francisco Soria, tlaxcalteca, escribió las siguientes comedias que se representaron en México: *Guillermo, Duque de Aquitania*; *La Mágica mexicana* y *Genoveva*; á las cuales obras hay que agregar: *Canto á la Asunción* en 111 octavas (Puebla, 1767), y *Descripción de las fiestas que se verificaron en Tehuacán al dedicarse el templo de los Carmelitas*.

José Rafael Larrañaga, hijo de Zacatecas, tradujo

en verso castellano todas las obras de Virgilio, habiendo sido el primero que en nuestra lengua emprendió esta difícil labor. "Larrañaga, dice el Sr. Pimentel, se ayudó consultando, con notable erudición, todo lo que hasta su época se había escrito sobre Virgilio, y consiguiendo que su trabajo se distinga por estas cualidades: lenguaje correcto, estilo natural, versos fáciles, y sobre todo, exactitud en la versión."

Pbro. Francisco Javier Alegre, veracruzano. Este sabio jesuita, conocido por sus traducciones en verso latino de la *Iliada* y de la *Batracomiomachia* de Homero; por su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*; por su curso de Teología; por su poema latino *Alexandriada* y por otras poesías escritas en el mismo idioma; tradujo en verso castellano la *Poética* de Boileau y algunas sátiras de Horacio, trabajos que habían permanecido inéditos, hasta que en nuestros días los dió á la estampa el infatigable erudito García Icazbalceta. La traducción de Boileau es notabilísima, pues Alegre la ajustó á la poesía española, acompañándola de notas en que se muestra la vasta erudición del jesuita veracruzano.

José Agustín de Castro, con el título de *Miscelánea de poesías sagradas y humanas* publicó un volumen en Puebla (1797). Aumentada considerablemente dicha *Miscelánea*, se reimprimió en tres volúmenes (México, 1809).

Francisco Ruiz de León, natural de Tehuacán de las Granadas, escribió los siguientes poemas: *Hernandía* (Madrid, 1755); *La Tebaida Indiana*, que es una descripción del Desierto de los Carmelitas; *Mirra dul-*

ce para aliento de pecadores (Bogotá, 1790), y varios tomos de poesías, algunos de los cuales se publicaron sin el nombre del autor.

Hasta aquí la poesía mexicana presenta ciertos caracteres generales que procuraremos señalar brevemente. Hija legítima de la española, siguió el movimiento evolucionista que ésta efectuó del siglo XVI al XVIII, reproduciendo sus buenas cualidades y defectos. No quiere decir esto que los poetas de la Nueva España fuesen serviles imitadores de los peninsulares, sin que se atreviesen á desviarse un solo paso de sus modelos. Como observa exactamente el Sr. Pimentel, hay en la literatura mexicana muchas veces originalidad en cuanto al objeto, en cuanto á los argumentos y aun en el tono y la expresión: el descubrimiento del Nuevo Mundo y la Conquista de México, fueron asuntos que ya en el siglo XVI ocuparon la pluma de algunos de nuestros poetas, y Eslava ofrece en sus Coloquios "un color local, mexicano, en armonía con el nuevo pueblo, con las nuevas costumbres, con los nuevos idiomas á que frecuentemente se refiere." Por lo demás, pocos y de escasa significación eran los acontecimientos que provocaban la actividad de aquellos poetas, y que venían á interrumpir la monotonía de la vida colonial, como la exaltación ó la muerte de un monarca, la canonización de un santo, el estreno de un templo, la muerte de un arzobispo ó las fiestas con que se celebraba la llegada de un virrey. Deja entenderse que tales acontecimientos no eran los

más adecuados para inflamar la fantasía poética, y las composiciones á ellos relativas pueden considerarse como ejercicios retóricos en que lucía más ó menos el ingenio, pero á los que faltaba el fuego de una inspiración espontánea. Esta observación se hace extensiva á los certámenes que se estilaban en aquellos tiempos, pues aun cuando tuviesen por lo común objeto de mayor trascendencia, como una tesis teológica, los autores iban movidos por el deseo de alcanzar un premio que halagase su vanidad literaria: eran producciones de circunstancias, con las que nada tenía que ver la necesidad de expresar sentimientos inspirados por la naturaleza, la sociedad ó las propias pasiones.

La pedantesca educación literaria de aquellos autores les impedía aprovechar en pro del arte la vasta erudición clásica que poseían, prefiriendo á la severa sencillez de los antiguos, las galas postizas y los relumbrones con que el mal gusto inficionó las letras españolas. Así vemos en su conjunto una literatura artificial, sin calor, sin trascendencia, á través de la cual difícilmente puede columbrarse la vida psicológica de la sociedad en que se produjo.

Injusto sería atribuir tan singular fenómeno á incapacidad de los muchos ingenios que brillaron en la Nueva España: las condiciones sociales en que vivían, el círculo estrechísimo en que giraba su inteligencia no debían dar otro resultado. Ni puede suponerse que aquellos autores dejasen de conocer los vicios de que adolecía la Colonia,¹⁰ que dejasen de sentir esas luchas internas de que es teatro el corazón humano, y que se tornan más agudas y dolorosas en los hombres

superiores; mas era tan recia la matriz en que su espíritu se había fundido, que tal vez no tuvieron siquiera la tentación de metamorfosearlo. Un sistema de doctrinas y de costumbres perfectamente uniforme organizaba todos los elementos de la vida individual y colectiva: las lecciones religiosas y morales que el niño recibía en el hogar doméstico, hallábalas desenvueltas y confirmadas en la instrucción que se le daba en las escuelas: la Filosofía, la Historia, la Literatura, todas las ciencias vivían en pacífico consorcio á la sombra de la Teología: el Estado y la Iglesia, ligados estrechamente, formaban un solo poder pronto á sofocar cualquiera veleidad que turbase la relación unísona entre la ciencia y la creencia; y de esta manera la actividad poética no tuvo más alimento que un objetivismo convencional y abstruso, pues el vigor del pensamiento acaba por atrofiarse cuando falta el uso libre de la palabra.

Todo concurría, por otra parte, á mantener aquella situación: la lejanía, el aislamiento de la Colonia, impedían que llegasen hasta ella los aires de revolución que agitaban al Viejo Mundo, y que estrellándose en los muros de la Inquisición de Madrid, apenas si los percibía el oído siempre atento de su correspondiente mexicana. Los intereses yuxtapuestos y contrarios hasta cierto punto, de los diversos pobladores del virreinato, imposibilitaban toda acción mancomunada que obligase al Estado á aflojar en el ejercicio de su poder: la obra persistente de la conquista, las expediciones de descubrimiento, el desarrollo de una sociedad en vía de formación, daban suficiente empleo á la

actividad física y moral para que se preocupase con cuestiones que poco afectaban á la multitud, pues sólo pueden surgir cuando los pueblos tocan esos períodos críticos en que necesidades nuevas entran en conflicto con instituciones arraigadas.

Entre las grandes fuentes de inspiración poética figuran el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico. El primero dominó de preferencia en la literatura colonial, como tenía que suceder en una sociedad profundamente creyente: asombra, empero, que de vena tan rica y fecunda no hubiese brotado alguna de esas concepciones majestuosas, impregnadas de unción, que transportan el pensamiento á las esferas del infinito, donde atónito se suspende en la contemplación de misterios inefables. Mas tales concepciones no pueden medrar bajo la férula formalista que tendía un férreo nivel y que no era lícito traspasar sin grave peligro. "Yo no quiero ruido con la Inquisición," decía Sor Juana Inés con su genial donaire, y ese propósito bien justificado, que todo escritor formulaba en el fondo de su conciencia, era un germen de muerte que esterilizaba cualquiera idea levantada que pudiese despertar la suspicacia de espíritus asustadizos, armados, por otra parte, de tremenda autoridad. Así vemos en las composiciones religiosas una mezcla absurda de alusiones mitológicas é ideas cristianas torpemente desfiguradas, que descendía muchas veces á chocarrerías, indignas no ya de un asunto sagrado, sino de cualquiera producción de carácter algo serio.

Por lo que hace al sentimiento patriótico propiamente dicho, no existió ni pudo existir en las tres cuar-

tas partes del período colonial, sino bajo la forma de aspiración vaga que se alimentaba de esperanzas remotas. En efecto, ¿qué recuerdos, qué tradiciones, y sobre todo, qué incentivos podían despertarlo en lo que respecta á la raza indígena? La civilización superior planteada por la conquista, más que la fuerza material, había sellado definitivamente el ciclo precolombiano: las creencias cristianas, si bien alteradas con los restos de añejas supersticiones, oponían obstáculo insuperable á una reacción plenamente idolátrica, y el goce de ventajas antes desconocidas amortiguaba hasta cierto punto las penalidades de su nueva situación, y alejaba el deseo de restablecer antiguos cacicazgos en que los macehuales eran presa del más desenfrenado despotismo. En cuanto á los hijos de los españoles que formaban un elemento extraño al indígena con cuyas tendencias no podían identificarse, pronto asomó entre ellos y los peninsulares un antagonismo profundo que les hacía imposible entusiasmarse con las glorias de la madre patria.¹¹ Los descendientes de los conquistadores especialmente, se consideraban víctimas de atroz injusticia, y prorrumpían en amargas quejas al verse reducidos á una condición que formaba doloroso contraste con el medro de afortunados advenedizos. Orgullosos de su ilustre linaje, creíanse con el derecho de constituir una verdadera aristocracia; y fuerza es reconocer que no carecían de razón, si en la conquista radica el origen más respetado de la nobleza. Atribuían unas veces su adverso destino á ingratitud de Cortés;¹² otras á la Providencia Divina como un castigo de los crímenes cometidos por sus an-

tepasados,¹³ sin reflexionar que la verdadera causa se hallaba en la política del gobierno español, á quien no convenía se crease en la Colonia una clase privilegiada que llegara con el tiempo á ser altamente peligrosa.

En fines del siglo XVIII la Nueva España había llegado á un alto grado de desarrollo, por el cual podía conjeturarse la proximidad de graves acontecimientos. La independencia de las posesiones británicas era para ella un seductor ejemplo, y el influjo de las ideas francesas que se insinuó desde luego bajo la forma regalista, concretó en necesidades positivas las aspiraciones latentes que hasta entonces habían flotado en la esfera de lo indefinido. Esa evolución social trajo consigo la renovación literaria correspondiente á la efectuada en España por Fr. Diego González, Cienfuegos, Meléndez Valdés, Jovellanos, Quintana, cuyas huellas siguieron Fr. Manuel Navarrete, D. Manuel Sánchez de Tagle, D. Francisco Ortega, D. Anastasio de Ochoa, D. Andrés Quintana Roo, etc., etc. Aquí también tuvimos odas del género empalagoso en que el poeta se extasiaba con *La pollita de Clori* y *El falderito de Silvia*; pero en cambio la imaginación se remontaba ya á encumbradas regiones, se inspiraba en asuntos de alta trascendencia, empleando un lenguaje natural, sencillo, el solo compatible con la dignidad poética.

Aquí debemos abrir un paréntesis que por insignificante que parezca no puede omitirse en la historia literaria de México, pues es la primera manifestación de nuestra poesía patriótica. Conocidos son los hechos

verificados en España el año de 1808 con motivo de la invasión de Napoleón el Grande: tales sucesos causaron en México hondísima impresión que provocó todo género de manifestaciones en favor de Fernando VII, figurando entre ellas un verdadero alud de versos encomiásticos de la familia destronada, acompañados de acres invectivas contra el audaz usurpador. Muchos de los autores tuvieron por conveniente ocultar sus nombres; pero otros menos modestos no quisieron privar á la posteridad de tan interesante dato, como D. Joseph Agustín de Castro, D. José María de Madariaga, D. Rafael Ximeno, D. Carlos Calderón de la Barca, D. Josef Valdés, el Capitán Conde de Colombini, D. Manuel González, D. Mariano Barazábal, D. Luis Montaña, D. Manuel Pinzón, etc., etc. Entre todas aquellas composiciones no aparece una sola que merezca siquiera el calificativo de mediana: la hipérbole llevada hasta la extravagancia; la adulación en descomunales proporciones; el odio que caía en el ridículo á fuerza de exageración, y todo en un lenguaje prosaico, duro, rastrero á la vez que altisonante y pedantesco; tal es, en conjunto, esa literatura de forzado *patrioterismo*, abortada al calor de estériles esfuerzos. Pero si poéticamente hablando su valor es nulo, no sucede lo mismo si se la considera desde el punto de vista histórico. Efectivamente, al través de aquellos arranques de entusiasmo ficticio, no es difícil descubrir la intención política con que se promovieron. Los sucesos de España orillaron á una crisis peligrosísima, de donde surgiría no muy tarde la guerra de insurrección, que tendría por final desenlace la independencia

de la Colonia. A conjurar tal evento se dirigieron las miras del partido español, creyendo que podrían realizarse si se unían en un solo sentimiento de adhesión á la metrópoli, borrando toda diferencia de origen, los diversos pobladores de la Nueva España. ¿Qué resorte más eficaz para conseguir semejante objeto que el embriagar la opinión pública con las grandes palabras de religión y patria, de unión y fraternidad, revestidas con el ropaje seductor de la rima? *Viva Fernando VII* es el encabezado de la décima que copiamos en seguida tal como se publicó:

“Nobles compatriotas míos
todos juremos al Rey,
y á la Religión, y Ley
sigamos fuertes y píos:

Dexemos los desvaríos
de antipatía reprensible
todo el Reyno, si es posible
piense como esta Ciudad
que..... “LA UNIÓN Y LA HERMANDAD
HACEN LA FUERZA INVENCIBLE.”

Y luego se añadía por vía de comentario:

Si todos somos hermanos,
y todos vamos á un fin,
ya no hay Criollo, ó Gachupin
todos, sean Americanos.

Es inútil recordar lo infructuoso de maniobras inmensamente desproporcionadas con los intereses y aspiraciones reales que se agitaban en la Colonia; pero no debe olvidarse que aquella llamarada superficial y transitoria de furor versificante, señala una evolución

de trascendencia en la poesía mexicana, que pronto revestiría con digno ropaje las nobles y levantadas ideas que por entonces apenas asomaban entre el fárrago informe de lucubraciones absurdas.

La erección de México en Estado independiente fué uno de esos hechos históricos inevitables, pero cuya consumación no llegó sino después de lucha tenaz y prolongada. Ya entonces la musa patriótica tuvo un asunto digno en que inspirarse, y Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Ortega y otros poetas coetáneos de aquel memorable acontecimiento, dieron á luz composiciones en que se saludaba con entusiasmo pindárico la nueva era de libertad que tantas dichas anunciaba, y se lanzaban terribles anatemas contra el poder á cuya sombra había nacido y crecido la Colonia, pues veíase en él no sólo al mantenedor de un régimen incompatible con la autonomía nacional, sino al representante del sistema absolutista, enemigo nato de esas grandes reformas que constituyen el ideal de los pueblos modernos. Esta sencilla consideración basta para explicar un fenómeno literario en que á primera vista parece olvidada la verdad histórica y lastimado el sentimiento filial de un pueblo que se enorgullece de sus orígenes étnicos.

La nueva fase en que había entrado la existencia nacional tenía que ser, como lo fué en efecto, fecunda para el genio mexicano. Rotos los moldes que imprimían al pensamiento uniformidad inalterable; echadas por tierra las barreras que aislaban á México del resto del mundo; suprimidas las trabas múltiples que coartaban el uso de la palabra, pudo ya cada cual seguir